





03_ Con nombre propio: singularidades

“Para la mayoría de nosotros,
la vida real es la vida que no vivimos.”

Oscar Wilde¹

La Puebla de Don Rodrigo y otros sueños

Iñaki Bergera Serrano, Dpto. Proyectos Arquitectónicos, Universidad Europea de Madrid

La historia de la arquitectura moderna está prestando especial atención a los proyectos fallidos, no construidos, desaparecidos o simplemente soñados. El interés de estas arquitecturas ausentes es el de completar –desde la diferencia, la utopía o el fracaso– el discurso canónico de la crítica historiográfica. Rafael Aburto, arquitecto ausente, fue sin embargo uno de los forjadores de la modernidad arquitectónica durante el franquismo. Compaginó durante más de tres décadas una incansable participación en concursos con una intensa dedicación a la vivienda social en el seno de la Obra Sindical del Hogar. Esta doble atención a la ideación libérrima –onírica en algunos casos– por un lado y al pragmatismo funcional por otro, unida a un fogoso talante artístico, dio como resultado una arquitectura muy personal, expresiva y racional al mismo tiempo.

Durante la autarquía de las bóvedas tabicadas la modernidad de Aburto se plasmó en un puñado de obras paradigmáticas para alcanzar durante los años cincuenta la brillantez canónica del racionalismo centroeuropeo. Entrada la década de los sesenta, cuando los esfuerzos de los distintos organismos del Régimen empezaban a cambiar de orientación, objetivos y escala, Aburto realizó su único proyecto para el Instituto Nacional de Colonización, en colaboración con su colega Eusebio Calonge. Fechado en 1962, se trata de un poblado en las vegas de la Puebla de Don Rodrigo (Ciudad Real).

Definido hasta el proyecto ejecutivo, la propuesta no llegó a materializarse. El presente escrito presenta en profundidad el proyecto, a partir de la documentación encontrada en el archivo del arquitecto. En este contexto, parece atractivo abrir el arcón de las arquitecturas soñadas y sacar a la luz esta singular operación arquitectónica con el fin de completar desde otra óptica la catalogación y el análisis crítico de la tarea llevaba a cabo por el INC en España.

Aburto + Calonge

Ésta no es la única ni la principal colaboración profesional de Rafael Aburto. Su figura y fortuna crítica han estado tradicionalmente ligadas a su relación profesional con Francisco Cabrero, concretada en los proyectos del Monumento a la Contrarreforma (1948), la catedral del Madrid (1950) y especialmente la construcción de la Casa Sindical en el Paseo del Prado (1950-1955). Habría que lamentar la ruptura de este maridaje, a tenor de los espléndidos frutos que produjo. “Lo malo de nuestra amistad –señala Aburto– era que no discutíamos. Estábamos siempre de acuerdo [...]. Y esto era peor, mucho peor” (BERGERA, 1998-2002). Ciertamente la fuerte personalidad de ambos, expresada con distintas manifestaciones en su manera de entender y conformar la arquitectura, y el enorme respeto que se profesaban mutuamente terminó por bifurcar sus itinerarios profesionales.

Anteriormente, Aburto había realizado durante la inmediata posguerra algunos concursos con los arquitectos José Martín Marcide y Javier Barroso. Y singularmente, en 1954 se presentó con Miguel Fisac al concurso de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Barcelona. A estas colaboraciones esporádicas hay que añadir las propias de su trabajo en la Obra Sindical del Hogar. Aburto firmó proyectos de viviendas con Joaquín Núñez Mera, José María Argote, Vicente Benlloch y Ángel Cadarso. No obstante, bien sea por su acusada personalidad o por las licencias de su horario laboral, la trayectoria de Rafael Aburto es fundamentalmente la de un francotirador solitario.

¿Y Calonge? “Le presté mi estudio por amistad, no porque Calonge no tuviera recursos, refiere Aburto. Él me ayudó sobre todo a hacer mediciones y ese tipo de cosas. Se trataba de una amistad no profesional” (BERGERA, 1998-2002). Efectivamente, la sinergia que unía a ambos arquitectos es más importante que su relación laboral. Aburto tuvo por tanto la deferencia de compartir durante años su lugar de trabajo con Calonge quien, fundamentalmente, realizaba proyectos para la Guardia Civil. Ambos eran compañeros de promoción de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Más tarde, en 1953, formaron parte del grupo de 24 arquitectos que firmaron el Manifiesto de la Alhambra. En 1958 Aburto incorporó a Calonge a su equipo redactor del ambicioso proyecto de viviendas para el Gran San Blas, una de las grandes operaciones incluidas en el Plan de Urgencia Social del Ministerio de la Vivienda. Las obras de San Blas se llevaron a cabo entre 1960 y 1962, año en el que Calonge recibe por parte del Instituto Nacional de Colonización el encargo de la Puebla de Don Rodrigo. Parece razonable entender que fuera ahora Calonge quien ofreciera a Aburto la posibilidad de elaborar conjuntamente el proyecto. Por último, en 1963 realizaron ambos un anteproyecto para el Colegio Cardenal Cisneros en la madrileña calle Oquendo. La exigua documentación existente hace suponer que los franciscanos pidieron a Calonge una primera propuesta que una vez más no prosperaría. El alzado de este anteproyecto es interesante puesto que supone una precursora aproximación a la caligrafía empleada por Aburto unos años más tarde en sus provocadoras viviendas de Neguri.

No obstante, eran intereses alejados de la arquitectura los que unían realmente a ambos personajes. “Calonge era muy amigo mío, quizá más que Cabrero, porque le gustaba mucho la música y una serie de cosas que también me gustaban a mí. Nos gustaba Viena, por ejemplo. Viena era Freud, era Strauss,... Pero no se hablaba nunca de la segunda escuela de Viena, que era Schönberg y sus discípulos o de los físicos y matemáticos como Gödel. Nos interesaba todo aquello, esa otra Viena” (BERGERA, 1998-2002). Se explica así esa particular aproximación de Aburto –generalmente forzada, funcional e incómoda– hacia una disciplina arquitectónica incapaz de colmar los torrentes expresivos y artísticos de su mundo interior. Calonge, hombre de salud delicada, cayó enfermo de tuberculosis. Recuperado, cuenta Aburto, “se presentó a una oposición para la que yo le hice una perspectiva. Y consiguió la plaza para trabajar en un ministerio, no recuerdo cuál. Es entonces cuando, estando un día trabajando allí, murió repentinamente” (BERGERA, 1998-2002).

Este poblado para el INC es por tanto el mejor rédito arquitectónico de la amistad entre Aburto y Calonge. Se desconoce cuál fue la implicación real de cada uno de ellos en el desarrollo del proyecto. Aunque habría que hablar siempre de autoría compartida, analizado el resultado, es obligado destacar la responsabilidad incuestionable de Aburto en la inmensa mayoría de las decisiones del proyecto. Se podría afirmar, en definitiva, que el nuevo poblado en las vegas de la Puebla de Don Rodrigo esconde sustancialmente los trazos firmes y vehementes de Aburto.

Diciembre de 1962

El proyecto de ejecución del poblado para la Puebla de Don Rodrigo está fechado en diciembre de 1962. En el contexto cronológico de la tarea realizada por el INC, este proyecto se sitúa entre los epi-

sodios tardíos de la empresa colonizadora, o al menos, coincide con el final de su etapa más fructífera y señera². A principios de los años cuarenta se confió al Servicio de Arquitectura del Instituto la tarea de confeccionar los trazados de nuevos poblados, con el fin de dotar a los colonos de “parcelas suficientes para la economía familiar campesina y de casas sanas y rientes, en las que la necesidad baratura en su construcción ha de ir de la mano de las exigencias sanitarias que nuestros programas y nuestros tiempos imponen” (MONTERO, 1948: 411). Mediada la década de los cincuenta, este cándido y redentor empeño del INC cristalizó en una serie de proyectos paradigmáticos que, paralelamente a lo que sucedió con el resto de programas arquitectónicos, vinieron a confirmar la febril eclosión de la ansiada modernidad hispana. Así por ejemplo, el proyecto de Sota en Esquivel (1955) y sobre todo las actuaciones de Fernández del Amo en San Isidro de Albaterra (1953), Vegaviana (1954), Villalba-Calatrava (1955) o el Realengo (1957) sintetizan las imágenes arquetípicas de la tarea colonizadora cifrada en esos años en 144 poblados y 17.650 viviendas construidas.

En la década de los sesenta, una vez superada la autarquía y cuando la economía del Estado dejaba de estar sustentada fundamentalmente en el modelo agrario –“madre del bienestar patrio”–, parece razonable entender que la labor del Instituto comenzara a ser cuestionada. Sin embargo y a pesar de la dudosa rentabilidad económica puesta de manifiesto por los Planes de Estabilización y los primeros recortes presupuestarios, ésta continuó su andadura. Tipológicamente, los poblados más celebrados de esta última década del INC –a comienzos de los setenta se uniría al Servicio Nacional de Concentración Parcelaria para crear el Instituto Nacional de Reforma y Desarrollo Agrario (IRYDA)– evolucionan hacia una mayor sensibilidad orgánica en su asentamiento territorial y hacia una mayor diversidad en el empleo de materiales y de la figuratividad resultante. El poblado de Aburto y Calonge sería contemporáneo por tanto a los de Cañada de Agra (1962), La Vereda (1963) o Miraelrio (1964) por citar únicamente algunos de los realizados por Fernández del Amo. Como se verá y como es habitual al valorar la obra de Aburto, no es fácil encasillar este proyecto bajo estas coordenadas cronológicas puesto que enseguida surgen discordancias interpretativas tanto para retraerlo como para posponerlo en el tiempo.

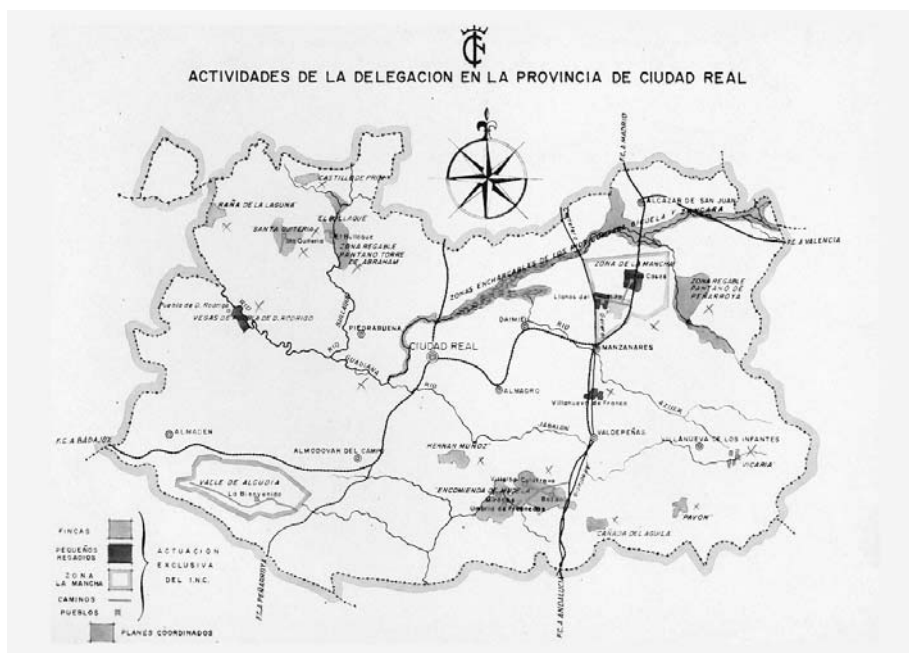
La Mancha

El nuevo poblado debía situarse, valga la expresión, en un lugar de La Mancha, concretamente en las vegas de la Puebla de Don Rodrigo, una pequeña localidad a orillas del Guadiana que cuenta a comienzos del siglo XXI con poco más de 1.300 habitantes. El régimen franquista, en su empeño por regenerar las zonas rurales, prestó especial atención a la provincia de Ciudad Real. Las zonas se escogían por declaración de alto interés nacional, por razón de utilidad social o por donación voluntaria de los terrenos. En Ciudad Real se establecieron a comienzo de los años cincuenta dos zonas de actuación: por una parte la denominada Zona de La Mancha, con una extensión de 49.500 ha, y por otra Campo de Mudela con 16.500 ha. En la Zona de La Mancha el Instituto delimitó inicialmente algunos sectores en los términos municipales de Manzanares y Alcázar de San Juan destinados a unos 600 colonos. A estas 7.856 ha se añadieron, tal y como refirió en 1964 Martínez Val³, 124 ha de regadíos en Bullaque, 392 en Encomienda de Mudela, 120 en Villanueva de Franco y 318 en las vegas de la Puebla de Don Rodrigo.

Como fue propio de la almidonada celebración de los llamados “25 años de paz”, el citado relato concluye con la exposición de las cifras de aquel empeño: 1.542 colonos instalados en 14 agrupaciones, 81 km de electrificación, 58 pozos construidos, 75 km de acequias, 32.698 ha puestas en cultivo, 9.200 viviendas y 33 escuelas. El truncado proyecto de Aburto y Calonge tendría que haberse añadido por tanto a los de Villalba de Calatrava, Bazán, Los Mirones, Llanos del Caudillo, Umbria de Fresneda, Pueblonuevo del Bullaque, Santa Quiteria, Villanueva de Franco y Cinco Casas que juntos supusieron casi un total de 1.000 viviendas nuevas y más de 1.000 ha de regadío⁴.

José María Oñate, quien fuera durante largos años Ingeniero Jefe de Colonización en Ciudad Real, ha aportado datos sobre la posible existencia del encargo de este poblado⁵. En un informe de 1957 denominado “Estado actual de las obras del INC en la provincia de Ciudad Real y proyectos a realizar en el futuro” se puede leer: “Regadío de las Vegas de Puebla de don Rodrigo: situado en el término municipal de Puebla de don Rodrigo, afecta a 684 ha, de las cuales la mayor parte pertenecen a una Dehesa Boyal propiedad del Ayuntamiento de dicho pueblo, y también se benefician del mismo 70 propietarios. El proyecto se encuentra redactado, así como el estudio agronómico correspondiente, pendiente de aprobación por el Ilmo. Sr. Director General del INC. Su presupuesto es de 6.047.709,82 pesetas. Es obra importante que podrá resolver totalmente el problema social de Puebla de don Rodrigo y se precisa también de la construcción de una línea eléctrica incluida en el Plan de electrificación del noroeste de la provincia.”

Así mismo, en la Memoria del XXV Aniversario del Instituto aparece recogida la existencia en 1963 de “los proyectos de dos pueblos más y cuyas obras se iniciarán seguidamente. Uno en el Sector III de La Mancha (Herrera de la Mancha) con 170 viviendas de colonos y otro en las Vegas de Puebla de don Rodrigo, con 55 viviendas de colonos”. Dicha Memoria contiene un plano de la zona de actuación (fig. 1), relacionada con la construcción de la presa de Las Hoces, en el Guadiana, por parte de Obras Públicas; habiéndose llegado a adquirir por Colonización algunas fincas de la llamada “Dehesa Boyal” con una superficie de 489 ha, para la posterior actuación y desarrollo. Esta actuación quedó finalmente en suspenso, dado que Obras Públicas no llegó a realizar los trabajos de embalsamiento del Guadiana. La paralización del otro pueblo, Herrera de la Mancha, cuyo proyecto quiere recordar su existencia en los archivos de la Delegación, estuvo condicionada por la evolución de la agricultura en los primeros sesenta. Es de suponer que éstas u otras razones similares llevaron igualmente al traste la ejecución del proyecto de Aburto y Calonge.



1. Plano general de la zona de actuación. Fuente: ©Archivo Histórico de Arquitectura. Universidad de Navarra. Fondo Rafael Aburto

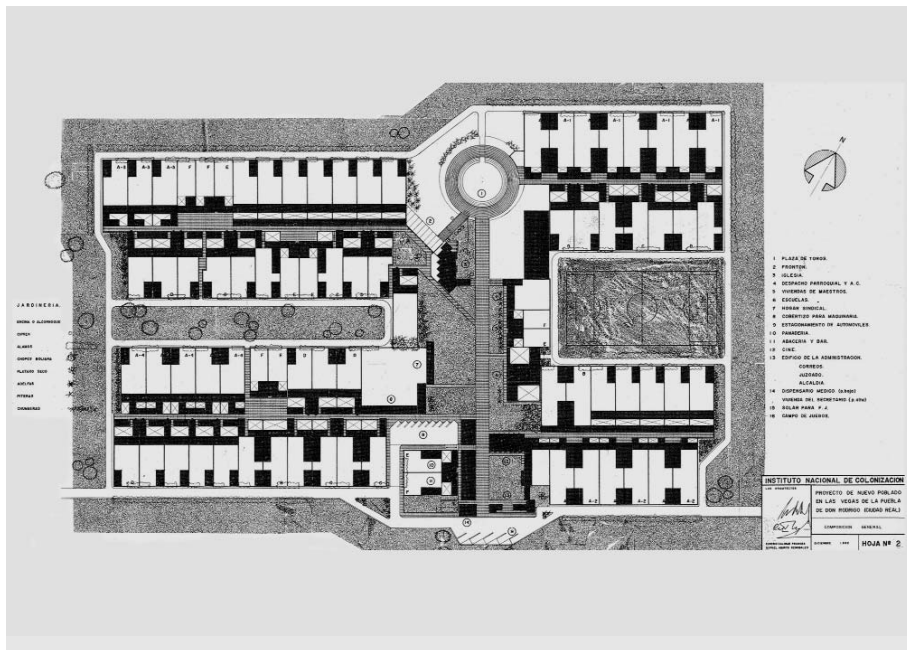
Programa de necesidades

El programa de los poblados promovidos por el INC consistía básicamente en viviendas para los colonos y dotaciones comunitarias. En este caso, el poblado incluye un total de 78 viviendas de 6 tipos diferentes: 22 de tipo A, 15 de tipo B –ambas de dos alturas–, 10 de tipo C, 20 de tipo D, 5 de tipo E y 6 de tipo F. Como se verá, estas escuetas viviendas difieren en el número de habitaciones y en la dimensión y posición de los patios, graneros, cuadras y estercoleros, así como en los acabados y la imagen exterior.

Al habitual equipamiento social y asistencial de estos poblados –escuela, hogar sindical, iglesia y dependencias parroquiales, panadería, abacería, bar, cine, dispensario médico, cobertizo para maquinaria, Frente de Juventudes y edificio de administración con locales para correos, juzgado y alcaldía– hay que añadir en este caso otros usos no tan frecuentes: plaza de toros, frontón y campo de fútbol. Cabría plantear la hipótesis de que éstas fueran aportaciones de los arquitectos: el frontón por su origen vasco y la plaza de toros por la gran querencia de Aburto hacia el espectáculo taurino. Se debe señalar, por último, la reserva de unos espacios para el estacionamiento de vehículos, uno de 5 plazas junto el acceso principal al poblado destinado a camiones y autocares y otro para 9 plazas normales.

Asentamiento y trazado general

Una de las escasas referencias con las que contó la empresa colonizadora española fue la actuación precedente de Italia, tanto en su propio territorio nacional como en las colonias. Al contrario de lo que había ocurrido en el norte de África⁶, en España se optó desde el primer momento por la agrupación de las viviendas en torno a las dotaciones cívicas del asentamiento⁷. Estas agrupaciones constituían auténticos pueblos, evitaban la dispersión y reforzaban el carácter social y comunitario de la operación.



2. Trazado general del poblado. Fuente: ©Archivo Histórico de Arquitectura. Universidad de Navarra. Fondo Rafael Aburto

La acción de colonizar el territorio arrancaba por parte de los arquitectos con la elección del lugar de emplazamiento. En este caso, no hay datos sobre la localización exacta prevista para el proyecto. La Puebla de Don Rodrigo se enclava en una zona de sierras, rica en caza, surcada por los meandros del Guadiana. Situado a 500 m sobre el nivel del mar, su paisaje no se corresponde al de la clásica estampa de la llanura manchega. No obstante, parece que el nuevo poblado debía asentarse sobre un terreno plano en las vegas del río, por lo que la adaptación a la topografía no da razón de su trazado (fig. 2).

Relegada pues la aproximación orgánica –entonces más en boga que los duros esquemas geometrizarantes de los años cincuenta– Aburto y Calonge trazan un recinto rectangular delimitado por una vía rodada y apoyado tangencialmente sobre la carretera de acceso. El eje principal, orientado en dirección noroeste, queda desplazado hacia la derecha de la composición marcando un primer gesto que rompe la simetría y la centralidad del conjunto. Este eje peatonal urbanizado aglutina a ambos lados las dotaciones comunitarias del poblado. El ayuntamiento y el dispensario médico –unidos por la planta superior– configuran la imagen exterior del poblado, su fachada principal representativa. Siguiendo el citado eje y una vez atravesado este edificio se descubre tangencialmente un primer espacio público conformado por la trasera del ayuntamiento, las dependencias anejas y el cine. Abandonado este espacio, el eje se abre a otro menos constreñido. A la izquierda se sitúa el Hogar Sindical y a la derecha, manteniendo una única planta continua, se suceden las escuelas, las viviendas de los maestros, la sede de Acción Católica y los despachos parroquiales. Un porche cruza el eje peatonal para unir estas dependencias con la sacristía y, finalmente, con la iglesia. Atravesado el porche se accede al último episodio de este eje cívico, presidido y rematado por la plaza de toros. Este eje secuencial, a modo de *main street*, unifica tanto como divide puesto que parte literalmente en dos el conjunto de agrupaciones domésticas, quedando rota la continuidad de la masa edificada.

Habría que señalar aquí una primera nota que avala la singularidad –compleja y contradictoria– del proyecto. En lugar de una plaza como concentración centripeta de los equipamientos y de la vida comunitaria, Aburto establece un espacio longitudinal, escenográfico y diverso, continuo y secuencial al mismo tiempo, que ni siquiera respeta la primacía referencial del templo, suplantada por el albero de la fiesta nacional. Aburto suprime la plaza interior pero no con la radicalidad de Sota en Esquivel sino con la riqueza de un trazado aglutinador de usos no jerarquizados. Dos años más tarde Fernández del Amo iba a tensar en Miraflores la primacía de un eje de servicios públicos, rodeándolos de vacío. A pesar de que Aburto ya había trabajado con este tipo de esquemas más abiertos y rotundos –paradigmáticamente en el caso de las viviendas en Quintanar de la Orden⁸– prefiere optar por conjugar los valores de una centralidad lineal con la diversidad y la riqueza de una trama más intersticial⁹.

Siguiendo en esto la práctica habitual, Aburto y Calonge plantean un sistema de circulaciones separativo para peatones y carros. Perpendicularmente al eje principal se trazan los recorridos peatonales que dan acceso a las viviendas. Hay dos a cada lado del espacio central, no alineados para romper así las visuales y enriquecer por tanto los recorridos. Estos caminos pavimentados coinciden con la distribución subterránea de las redes de instalaciones, cuestión a la que el arquitecto confiere una enorme importancia. Queda por tanto segregada la circulación peatonal de otra secundaria para el acceso al corral de dependencias y el tránsito de la maquinaria, los utensilios agrícolas y los animales. Ésta conecta a su vez con el vial perimetral del poblado y genera dos nuevos espacios abiertos –uno de ellos el campo de deportes–, perpendiculares también al eje del asentamiento. La aparente rigidez de la planta del poblado se rompe mediante pequeños giros y ensanchamientos de la retícula, que quiebran la perspectiva de las calles y generan diversos intersticios. Así mismo, las viviendas más sencillas –sin dependencias para el ganado– insertadas en la mitad de estas estrechas calles peatonales oxigenan y rompen la uniformidad de su trazado.

El diseño general se complementa con un escueto programa de jardinería, que incluye la distribución precisa de encinas o alcornoques, cipreses junto a la iglesia, álamos en los perímetros del poblado, chopos, adelfas, piteras y chumberas. Los arquitectos incorporan también un plátano seco al proyecto general, reservándole un espacio robado a una de las viviendas y ubicado en la trasera del ayuntamiento. Este hipotético árbol del ahorcado o el hecho por ejemplo de que Aburto quisiera unir directamente por un pasadizo la plaza de toros y la iglesia para atender espiritualmente a los toreros moribundos explican esa salida surrealista, con tintes de España negra, procesional y carnavalesca, que tanto caracteriza a este personaje y a su arquitectura.

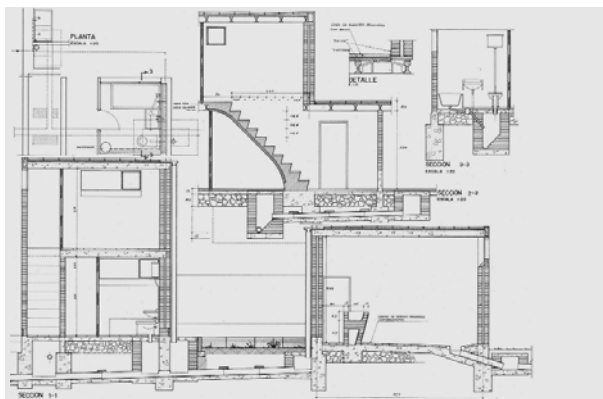
Viviendas

La amplia variedad de tipologías que proponen los arquitectos responde no tanto a una estricta necesidad como al ofrecimiento de posibilidades diversas a los colonos para adaptarse a su estructura familiar y a sus recursos económicos. Al mismo tiempo, esta diversidad es un instrumento que les permite enriquecer en gran medida la conformación plástica y visual del poblado.

Las viviendas tipo A –de dos alturas al igual que las del tipo B– incluyen a su vez cuatro posibles variaciones (fig. 3). Las superficies construidas serían similares en todos los casos variando únicamente la dispo-



3. Viviendas tipo A. Plantas y alzados.
Fuente: ©Archivo Histórico de Arquitectura.
Universidad de Navarra.
Fondo Rafael Aburto



4. Vivienda tipo B. Detalles.
Fuente: ©Archivo Histórico de Arquitectura.
Universidad de Navarra.
Fondo Rafael Aburto

sición y ordenación de los usos domésticos. La vivienda propiamente dicha incluye la cocina-comedor, el estar, un aseo, un patio exterior semi-ajardinado, un dormitorio principal en la planta baja y dos dormitorios en la superior, más un distribuidor-pasillo con la escalera y que sirve de paso entre la entrada a la vivienda y la salida al corral interior. En éste se encuentran el resto de dependencias anejas: cuadra con abrevadero, granero, estercolero y, cuando estas piezas se unen con una techumbre, un cobertizo.

La vivienda tipo B es la más clara y ordenada (fig. 4). Se trata fundamentalmente de un único cuerpo de 4 m de crujía por 15 de fachada. Un acceso central divide a un lado el comedor-cocina y el estar y al otro el dormitorio principal, el baño y el acceso a los dos dormitorios de la planta superior. Más allá se accede a un patio de idénticas dimensiones al volumen edificado que separa a éste del corral interior.

La vivienda tipo C se desarrolla en una sola planta con el mismo programa, e invierte la posición del patio con respecto al tipo B, quedando éste separado del acceso peatonal por un pequeño muro. La vivienda tipo D, también de una planta, incorpora un gesto formal en la fachada principal, una ventana achaflanada, quizá una reminiscencia formal de aquella solana de las viviendas proyectadas por Aburto en Villaverde¹⁰. En esta ocasión, el patio se sitúa entre la vivienda en forma de L y la cuadra y el granero que se adosan al volumen principal.

Las viviendas tipo E y F –que corresponderían por ejemplo a los maestros del poblado– no cuentan con dependencias para animales, quedando reducida la dimensión del espacio anejo. De manera singular, el paño de fachada se gira para enfatizar la entrada mediante la sombra producida por el plano continuo de la cubierta. El patio y el pasillo corredor separan también la vivienda en dos, segregando en esta ocasión el estar del resto de habitaciones. Por último, unas poderosas chimeneas de fábrica de 2 m de altura –tanto de las cocinas como de los tubos de ventilación de los baños interiores– añaden un intrigante contrapunto formal a la imagen resultante.

Señaladas las particularidades de las distintas viviendas, habría que hacer mención a los aspectos comunes a todas ellas y, en muchos casos, al resto de edificaciones del poblado. Apostando por la cubierta plana, Aburto prescinde de uno de los tipismos de la tradición vernacular como es la cubierta inclinada de teja. La estructura de estas pequeñas edificaciones es de muro de carga de ladrillo con cámara de aire y forjados de hormigón armado, con viguetas a 80 cm y bovedillas y zunchos perimetrales. Este remate del forjado constituye el trazo clave de la composición marcadamente horizontal de los alzados. Confiando abiertamente en los primeros productos industrializados que comercializaba el sector de la construcción en España, la cubierta plana se resuelve con aislamiento Viroterm de 8 cm, lámina impermeabilizante Dachal y losas de hormigón flotante de 40 x 40 cm sobre Bitudach.

Otra manifestación de la racionalidad constructiva derivada de la economía de medios es la estandarización de los huecos de las viviendas, de 50 x 175 cm, colocados a haces exteriores vertical o apaisadamente con una parte practicable y otra fija. Únicamente los estares tienen huecos más generosos, compuestos por la unión de tres huecos simples. Para paliar la estrechez de la ventana, el muro se abocina al interior para dar una mayor amplitud visual a la entrada de luz. Los huecos y sus delicadas carpinterías de hierro se recortan desnudos en el muro sin referencias al alféizar o al dintel, un eco quizá de ese “lo más *nada* posible” que buscaba Sota en Esquivel.

Cercados por pequeños muretes y amueblados en obra con bancos perimetrales corridos, los patios vendrían a funcionar, siguiendo los usos del lugar, como las piezas vertebradoras de las viviendas. Colocados estratégicamente, deberían colaborar a la segregación de los usos y a favorecer la iluminación y las ventilaciones cruzadas de las demás estancias de la vivienda. Por lo demás, la distribu-

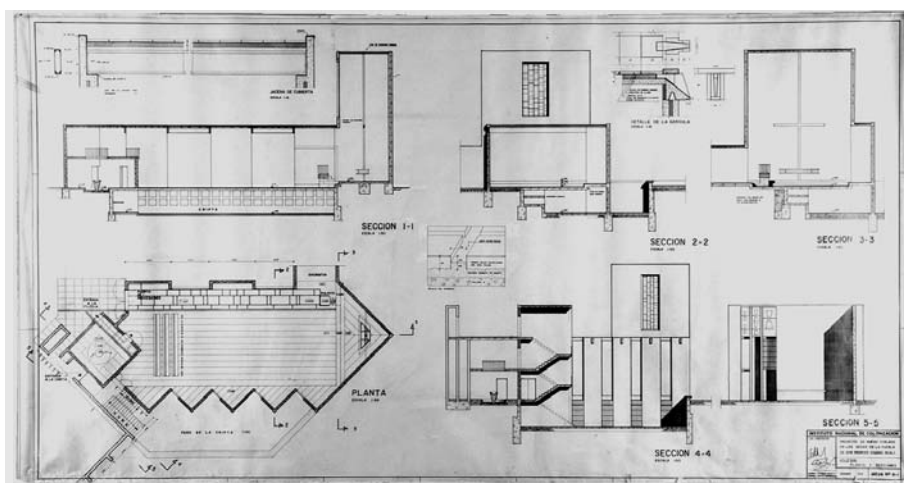
ción y agregación de las estancias de las viviendas se corresponde en mayor o menor medida con los modelos de vivienda social, tan familiares para Aburto, con un aprovechamiento máximo de las superficies disponibles.

La imagen exterior de las viviendas –y de la mayoría de los edificios del poblado– se confía por tanto a la tensa linealidad horizontal del plano de cubierta que remata un frente rasgado por pequeñas aperturas seriadas, salpicado con el contrapunto de las esbeltas chimeneas de fábrica. El paño de fachada alterna, según el tipo de alzado o de vivienda, la media asta del ladrillo macizo de la cara exterior del muro de carga o el encalado del muro convencional. En definitiva, la imagen exterior de las arquitecturas se reduce a la sincera y noble expresión del sistema constructivo y de los materiales empleados. La pobreza de éstos, lejos de debilitar el resultado, lo unge con la misma honestidad que adorna a la cal o al ladrillo y que el propio Aburto se encargó de destacar¹¹.

Iglesia

Sin las limitaciones del proyecto de viviendas y dentro de unos patrones unitarios, el programa no doméstico de estos poblados daba cabida a una mayor experimentación formal. Es posible imaginar lo que podía haber sido la materialización de las diferentes viviendas proyectadas para este poblado si se cotejan con los numerosos proyectos residenciales construidos por Aburto en la OSH. Pero lo mismo se podría decir de las escuelas –Aburto había ensayado programas docentes en varios institutos laborales así como de manera especial en el coetáneo proyecto de las escuelas del Gran San Blas– o de otros equipamientos cívicos.

Sin embargo el proyecto de la iglesia para este poblado del INC no es contrastable con otros materializados por el arquitecto. No obstante, el espacio sacro no es ni mucho menos ajeno a sus intereses. Habría que hacer mención, en primer lugar, a su participación en el concurso de la basílica de Aránzazu en 1950, en el que obtuvo el segundo premio. También en el plano de la formulación teórica –utópica se podría decir– hay que citar sus proyectos para las catedrales de Madrid y San Salvador, así como algunos escritos.



5. Iglesia. Planta y sección. Fuente: ©Archivo Histórico de Arquitectura. Universidad de Navarra. Fondo Rafael Aburto

La escala de la iglesia del poblado difiere de la monumentalidad del templo de Oñate; las intenciones espaciales y formales, sin embargo, se mantienen. Detrás de esta propuesta definida en clave racionalista se observa siempre una clara voluntad de simplificación donde toda la tensión se concentra en el presbiterio –enfanzándose así, como en Aránzazu, el carácter axial propio del templo de planta basilical– y en la valoración de la luz y del espacio (fig. 5). La iluminación sobre el presbiterio se consigue, nuevamente como en Aránzazu, mediante un gran hueco rectangular que incide sobre el altar, enfatizándose visualmente la idea *schwarziana* de “iglesia itinerario”. Este dramatismo se ve corroborado por la presencia de una gran cruz exenta que surca, partiendo del mismo altar, el espacio de planta triangular del presbiterio, uniendo metafóricamente el cielo y la tierra, lo divino y lo humano. Resulta atractivo ver ahora a Aburto –aquél Aburto barroco de la Contrarreforma o de Aránzazu– resolviendo un templo como ejercicio de contención neorrealista, mediante una esencial y severa pobreza expresionista.

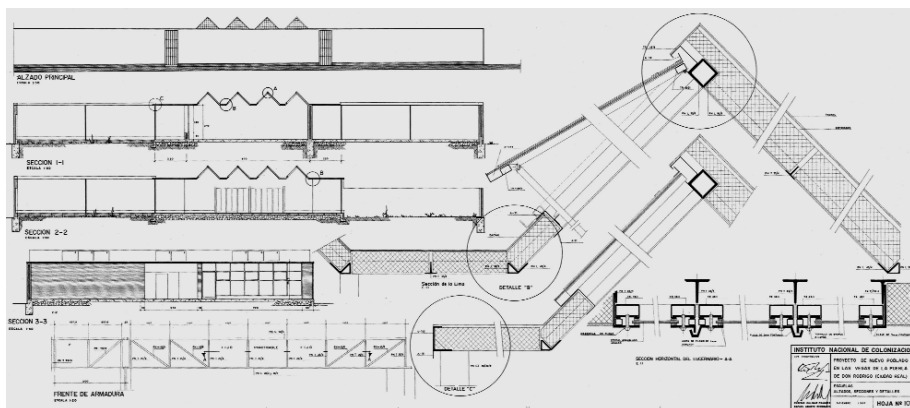
La planta de la iglesia es axial pero asimétrica, debido a la fragmentación de los muros laterales que recogen la luz de poniente. Ese tercer eje en diagonal introducido por Aburto y Calonge rompe de alguna manera la rotundidad de la planta longitudinal, especialmente al tratarse de una nave de reducidas dimensiones. La entrada se realiza, también en diagonal, atravesando el espacio de la pila bautismal, sobre el que se sitúa el coro. Ese recinto de planta cuadrada articula la bajada hacia la cripta de enterramientos.

La iglesia, y la torre-campanario en particular, constituía en los poblados del INC el principal referente formal y simbólico del conjunto. También en este punto, el proyecto de Aburto se declara en rebelión puesto que la iglesia prescinde de este elemento tan distintivo. La torre se reelabora e interpreta mediante el mencionado espacio vertical que ilumina el presbiterio. Las campanas se recolocan embutidas en el plano de una de las fachadas laterales del proyecto. En otro gesto entre cáustico y sagaz, muy propio de Aburto, este plano no es otro que la pared delantera del frontón del poblado.

Constructivamente, el templo se resuelve mediante pantallas de hormigón armado con cámara de aire. El encofrado exterior remarca la verticalidad y la textura rugosa del muro. La rudeza del muro se contrapone a la severidad metálica de las jácenas que salvan los 10 m de luz de la nave. Junto con el ya mencionado diseño de la cruz, un púlpito sobrio y unas gárgolas para evacuar el agua de la cubierta plana constituyen las únicas piezas elaboradas en el conjunto de un diseño absolutamente contenido. Al final, el resultado es un volumen fragmentado que, como evidencian los alzados dibujados, abandona la amable tersura horizontal del ladrillo de las viviendas y busca, ahora sí, la dramática plástica vertical de las luces y las sombras. Esta pieza es quizá la que mejor sintetiza la aportación del proyecto de Aburto y Calonge al muestrario tipológico del Instituto Nacional de Colonización.

Escuela, ayuntamiento, cine y hogar sindical

El proyecto de la escuela del poblado trasluce a un Aburto entrenado en programas docentes. Este adiestramiento se materializa con brillantez por la claridad y rotundidad del esquema compositivo y funcional de esta pequeña escuela de dos aulas y la correcta simbiosis entre la tecnificación constructiva y la caligrafía resultante. Recordando acaso a las viviendas con patio de Mies, el proyecto consiste en la generación de un recinto rectangular mediante un muro, rigurosamente modulado por el pavimento, y en cuyo centro y volcadas hacia ámbitos opuestos se sitúan las aulas iluminadas cenitalmente por unos lucernarios que constituyen el contrapunto formal a la marcada horizontalidad del edificio. Los patios resultantes entre las aulas y el muro perimetral se cubren parcialmente –con esbeltos soportes de tubo metálico– coincidiendo con el muro ciego del aula para conformar un pequeño



6. Escuelas. Alzados, secciones y detalles. Fuente: ©Archivo Histórico de Arquitectura. Universidad de Navarra. Fondo Rafael Aburto

recreo cubierto. La blancura aséptica y encalada de los muros exteriores se contrapone interiormente a la tersura de los paños de ladrillo de las aulas. La tectónica amable del ladrillo convive con una exhibición técnica en la definición de las cerchas metálicas y los lucernarios de la cubierta (fig. 6). La simetría del proyecto y la esencialidad de su trazado le dotan de esa caligrafía simbólica que evoca las bases del aprendizaje, tanto escolar como arquitectónico.

El primer espacio del eje vertebrador del poblado es el conformado por el ayuntamiento, el cine y el dispensario médico. Se trata de un conjunto edificado con volúmenes alargados y de crujía estrecha, con una distribución correcta de las distintas estancias iluminadas escuetamente por las mismas carpinterías estandarizadas de las viviendas. La imagen exterior se reduce, siempre con cubiertas planas, a la articulación de esas pequeñas aperturas verticales con las sombras producidas por los retranqueos de algunas estancias con respecto al muro blanco de fachada. La sede del poder civil se protege con barrotes en las ventanas, destacados aún más por formar una cuña en 45° con respecto a la fachada, y con el mismo ritmo vertical que el barandado de balcones y terrazas. El cuerpo que une el ayuntamiento y el cine contiene el bar y los aseos así como un escenario que transforma la plaza interior en anfiteatro. El cine, como la iglesia, se reduce sobriamente a su más estricta funcionalidad.

El hogar sindical es un edificio igualmente rotundo, una pastilla de 4'5 m de ancho por 26 de largo y 2 alturas. Orientado en la dirección del eje principal del poblado, su fachada más representativa muestra una piel continua de ladrillo –las demás quedan encaladas– sobre la que destaca el escudo, emulando su lúcida fachada para la Delegación de Hacienda de Tarragona¹². Se accede al edificio por un extremo abierto en toda su altura con un vestíbulo exterior que contiene la escalera de acceso a las estancias de la planta superior. En la planta baja se encuentra el bar y al fondo, con doble altura, la biblioteca.

Otros sueños

Aún se podría ahondar en el inventario descriptivo de las piezas del poblado. Sin embargo, interesa más bien concluir esta exposición del proyecto con algún apunte exegético, empezando necesariamente desde su fracaso. “Una vez más nos topamos con alguna persona a la que no le gustó el proyecto. Lo estudiamos con profundidad pero a la persona competente le pareció una cosa disparata-

da. Se enfadó, no sé porqué. Quizá era demasiado radical. Seguramente me pasé del tema, como tantas veces. No se hizo, a pesar de que lo definimos con todo detalle. Se rechazó y no vimos ni un duro” (BERGERA, 1998-2002). Estas palabras de Aburto esbozan las preguntas fundamentales. ¿Dónde se esconde la radicalidad del proyecto? ¿Hasta qué punto fue disparatado este pulso arquitectónico de Aburto y Calonge? ¿Cuál es la razón del enfado? Quizá el error pudo estar en el origen del encargo. Si rechazado éste no hubo un proyecto posterior que lo sustituyera cabe pensar que las serranías y riscadas y los trampales y pastizales de las vegas del Guadiana –ajenas a las resacas llanuras manchegas– no eran el lugar adecuado para esta intervención tardía del INC.

Pero habrá que coincidir con Aburto, una vez analizado el proyecto, en que ciertamente la propuesta era, si no radical, sí al menos diferente, si no disparatada, sí al menos arriesgada. ¿Cómo se puede apostar en el feudo de la cubierta inclinada de teja por la cubierta plana y sus condimentos industrializados –Dachal, Viroterm, etc.– aún no suficientemente testados? ¿Cómo iba a asumir el organismo colonizador el coste adicional y el riesgo de este elemento constructivo? ¿Cómo iban a recibir unos usuarios no iniciados esta arquitectura iconoclasta tan poco interpretable por el gusto al uso y por los clichés populistas?

El prontuario ecléctico y plural de la modernidad hispana se apoyó, de la mano de una serie de figuras destacadas, en la conjunción feliz y ponderada de racionalismos, informalismos, funcionalismos y organicismos. Se ha dicho que la arquitectura de los poblados viene a ser la síntesis moderna de la tradición vernacular española. ¿Es la Puebla, en este sentido, un ejemplo de esta síntesis? Ya apuntó Fullaondo que a Aburto “no le interesa nada de esta dimensión historiográfica inmediata, ni fundar, ni adherirse a ningún ismo o grupo, (que no sea el suyo propio)” (FULLAONDO, 1974: 11-12). “Mi arquitectura ha sido una cosa mía y nada más, unas ideas sin trascendencia, pura inmanencia” (BERGERA, 1998-2002), corrobora el propio Aburto.

En este caso, el invernáculo del arquitecto bilbaíno da como resultado un proyecto *nāif*, tan puro y virgen como heterodoxo y contaminado. Es, se podría decir, un ejercicio funcionalista endulzado con gestos y guiños imprevisibles y con una racionalidad amable y distinta, ni iconográfica ni pintoresca, cuya imagen tectónica nace de una precisa lectura del rigor constructivo. La tradición se condensa, con dignidad e higiene, en la lógica estrictamente funcional –ventilación cruzada, presencia del patio como articulador espacial, etc.– y se aparta del mestizaje retórico-populista. El lenguaje tipológico y urbanístico resultante es duro e inquietante pero sincero e ingenuo al mismo tiempo. ¿*Son los poblados de Colonización ejemplos de arquitectura moderna?*¹⁸ La respuesta en este caso es clara. La descarnada y anacrónica apuesta de Aburto por la modernidad transformadora frente a la tradición, es su aportación testimonial a la epopeya del INC, o mejor, lo hubiera sido, puesto que tuvo que permanecer en el quijotesco y quimérico mundo de los sueños. Como decía Wilde, probablemente sea lo no vivido lo auténticamente real. Soñemos pues con campesinos esforzados, mocosos correteando, curas y monaguillos, alcaldes, sindicalistas y torerillos moribundos. Aburto lo hizo.

Notas

¹ CIRLOT, 1953: p. 34.

² Como relato sintético de la tarea del INC puede verse: DELGADO, 2002: pp. 141-153.

³ Cfr. MARTINEZ VAL, 1964: p. 112.

⁴ Cfr. REUS GARCÍA DE BEDOYA, 1974: p. 3.

⁵ Agradezco a José Rivero la aportación de estos datos para la publicación.

⁶ Cfr. BERGERA, 2004: pp. 161-169.

⁷ Cfr. TAMÉS ALARCÓN, 1948: p. 420.

⁸ Cfr. ABURTO, 1951.

⁹ Una acertada interpretación del valor concedido al centro dotacional en los poblados del INC se encuentra en PIZZA, 1998: pp. 137 y ss.

¹⁰ Cfr. ABURTO, 1956: pp. 3-5.

¹¹ Cfr. ABURTO, 1950 e intervenciones de Rafael Aburto en la Sesión Crítica AA.VV., 1954.

¹² Cfr. PICARDO, 1955: p. 33.

¹³ Cfr. RIVERO, 2004: p. 36. Esta revista ha sido de gran utilidad para documentar este texto puesto que dedica un importante apartado a la labor del INC en Ciudad Real.

Bibliografía

AA.VV. Sesión Crítica "Defensa del ladrillo", *RNA*, n° 150, junio 1954.

ABURTO, R. "La cal". *RNA*, n° 107, noviembre 1950.

ABURTO, R. "Viviendas protegidas en Quintanar de la Orden". *RNA*, n° 118, octubre 1951.

ABURTO, R. "Viviendas experimentales". *RNA*, n° 172, abril 1956.

BERGERA, I. "Rafael Aburto Arquitecto. La otra modernidad". *Arquithesis* n° 18, Fundación Caja de Arquitectos, Barcelona. 2005.

BERGERA, I. *Aburto*. Servicio de Publicaciones Ministerio de Vivienda, Madrid. 2005.

BERGERA, I. *Conversaciones con Rafael Aburto* (documento inédito). Madrid. 1998-2002.

BERGERA, I. "De Libia a Vegaviana: una mirada a la colonización italiana del Norte de África". En *Actas del Congreso Internacional Modelos alemanes e italianos para España en los años de la posguerra*. T6 Ediciones, Pamplona. 2004.

CIRLOT, J-E. "Introducción al surrealismo". *Revista de Occidente*, Madrid. 1953.

DELGADO, E. "La experiencia del INC. Una colonización de la modernidad (1939-1973)". En *Actas del Congreso Internacional Arquitectura, ciudad e ideología antiurbana*. T6 ediciones, Pamplona. 2002.

FULLAONDO, J.D. "Notas de sociedad". *Nueva Forma*, nº 99, abril 1974.

MARTÍNEZ VAL, J. M^a. *Ciudad Real*. Publicaciones Españolas, Colección España en Paz, Madrid. 1964.

MONTERO, F. "El Instituto Nacional de Colonización". *RNA*, nº 83, noviembre 1948.

PICARDO, J.L. "Los escudos". *RNA*, nº 166, octubre 1955.

PIZZA, A. "Los lugares del habitar en los poblados de colonización". En *La habitación y la ciudad moderna: rupturas y continuidades: Actas del Primer Seminario Docomomo Ibérico*, Zaragoza, 1998.

REUS GARCÍA DE BEDOYA, A. "Ciudad Real". *Informaciones*, 2 de abril 1974.

RIVERO, J. "Colonización: ¿Tipismo o Modernidad?" *Formas de Arquitectura y Arte*, nº 6, 2004.

TAMÉS ALARCÓN, J. "Proceso urbanístico de nuestra colonización interior". *RNA*, nº 83, noviembre 1948.